

Mito ... o realidad inevitable?

Elsa H. Garzoli

Uno de mis objetos preferidos es una estatuilla de alabastro con dos palmos de altura; un querubín desnudo, sonriente, parado en una roca, mira su imagen reflejada en el agua del arroyo que corre frente a él. Narciso está sorprendido al verse hermoso, y levanta sus manitas con asombro.

Impactada por la estética de la imagen, le doy siempre un lugar de relevancia cerca mío, y me limito a disfrutarlo.

Ahora al tener que expresarme sobre los valores en la modernidad y la discutida post modernidad, lo miro de otro modo.

Su expresión diáfana me enfrenta con mis cuestionamientos, dudas, los giros de mis replanteos, varios diagnósticos y los consecutivos pronósticos diferentes.

He pasado del pesimismo profundo, a otro más tolerable.

Intento tratar de no obstaculizar con el velo de la subjetividad la posibilidad de pensar lo que al mismo tiempo vivo, sufro, disfruto y me confunde.

Miro a Narciso: de corta vida en el mito, presente siempre en un sector de la mente del sujeto.

La propuesta es tomar como escenario este siglo y ver el juego actoral entre Narcisismo y Psicoanálisis.

El tema de los valores hace a esta interacción.

¹ Esta conferencia fue leída en las Cuartas Jornadas de Salud Mental, “Psicoanálisis e Instituciones”, en el Panel inaugural “Idiosincrasia de los valores en crisis a fines de la modernidad, Diagnóstico y pronóstico”, realizadas en APdeBA el 14, 15 y 16 de mayo de 1998.

1914. Me ubico junto a Freud, en Viena, cuna de la modernidad desde el novecientos: la Ciudad Imperial de los Habsburgo en este momento representados por Francisco José.

Con sus ojos celestes de mirada penetrante, su bigote como manubrio de bicicleta, sus rojos y sus oros, en 1858 da por abolida “la ley de residencia”. Esto posibilita a muchas familias judías de Europa Central vivir en Viena, y a él rodearse de artistas plásticos, escritores, músicos, arquitectos, con quienes conforma una alianza impensable.

Freud está allí, en medio de “la revolución cultural” que significa el paso del Clasicismo al Modernismo.

Sus ideas revolucionarias chocan con sus colegas, no con el gobierno.

Está con el libro de Darwin, el positivista lógico Wittgenstein y el Círculo de Viena; Carlos Marx, la Economía Moderna de Karl Mayer, las pinturas de Gustav Klimt, Kokoschka y Kandinsky.

Sabe del teatro de Brecht y el de Wedekind, donde el amor sexual como fuerza elemental y primaria se rebela contra la moral represiva.

Fines de febrero de 1914. A cuatro meses del disparo de Sarajevo, detonante de la primer guerra mundial, que provoca la muerte del Archiduque Francisco Fernando. Freud le anuncia a su amigo Jones que va a hacer un escrito definitivo sobre narcisismo. En ese trabajo, “Introducción del narcisismo”, diferencia un grupo de patologías que despliegan transferencia, las neurosis de transferencia, pasibles de psicoanálisis y por ende de revertir lo que denomina “el decaimiento de la función de amar”. Hay otro grupo de padecimientos que tienen que ver con el narcisismo; éstos no son analizables.

En un momento dice: “Los parafrénicos con delirio de grandeza y el extrañamiento de su interés respecto al mundo externo (personas y cosas) los hace inmune al psicoanálisis, los vuelve incurables a nuestro empeño”.

Más adelante se pregunta sobre la razón por la cual la vida anímica se ve compelida a traspasar los límites del narcisismo y poner la libido sobre los objetos.

“Un fuerte egoísmo preserva de enfermar –se responde–, pero al final uno tiene que empezar a amar, para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar ...”.

No varía su posición a lo largo de su obra. En 1940, en “Esquemas del Psicoanálisis” sigue sosteniendo la inanalizabilidad de este tipo de trastornos.

En este escenario, Narciso es excluido del quehacer psicoanalítico. Entre bambalinas, queda a la espera de algún giro que le dé protagonismo.

MITAD DEL SIGLO: HEREDERO DE DADA Y EL SURREALISMO

La ideología contracultural, una nueva forma de estar y de concebir al mundo, otra cosmovisión, la creación de una cultura alternativa a la dominante en ese momento.

New York. Surge un movimiento literario que busca una expresión libre y espontánea como el jazz.

La generación beat, la generación golpeada, se yergue en contra de los puritanismos, prejuicios y convencionalismos.

Sus ideas prenden en California, mientras en Europa el Existencialismo, busca coherencia entre razón y vida, y regala a Sartre y a Camus.

El erotismo tiene acá el rostro de la heroína hippie: cara transparente, lánguida, melena larga, flores que se mezclan con los rulos.

En esa simplicidad se condensa la antiautoridad, la libertad, la pasividad en contra del poder, el privilegiar la paz a la guerra, el amor al odio y la sexualidad antes que la familia.

El siglo había despertado con el análisis de los sueños en Viena y ya en la mitad, Europa y América lo han adoptado.

1954, Arden House. La Sociedad Psicoanalítica de New York convoca al simposio donde se trata “La ampliación del campo del psicoanálisis”.

Leo Stone, el principal orador, toma a Narciso y lo ubica en el medio de la escena. Desde su tribuna muestra cómo siempre se trató de controvertir las ideas de Freud. Grandes del psicoanálisis de la talla de Abraham y Ferenczi ya habían incursionado en tratamientos de pacientes graves. Melanie Klein a esta altura tenía escrita su obra, desde el abordaje del psicoanálisis de niños.

Stone amplía la base del psicoanálisis cuando categóricamente habla de psicosis de transferencia, y de la indicación del psicoanálisis a todas las categorías nosológicas.

Ana Freud le responde pidiendo cautela y que el método psicoanalítico se ciña en lo posible al tratamiento de neuróticos, lo que permitiría ahondar la investigación de este tipo de padecimientos. Esta conferencia concluyó con el acuerdo de psicoanalizar los trastornos que sobrepasan el límite de las neurosis.

Si bien en el Congreso de Copenhague en 1967 se revierte esta postura al ceñir de nuevo los límites a las neurosis, pueden más a favor de la apertura los continuadores de la escuela inglesa.

En América toda el fenómeno del psicoanálisis es ya parte de la cultura.

En Buenos Aires su despertar es grandilocuente.

Desde 1942 la Asociación Psicoanalítica Argentina cobra un ritmo de crecimiento vertiginoso.

Hay vocación por el psicoanálisis, por su estudio, por la investigación; es sorprendente la cantidad de adeptos que se suscriben a su práctica.

Se quiere conocer todo aquello que pueda impedir la capacidad de amar, la satisfacción de la sexualidad, el despliegue del erotismo y por sobre todo lograr el compromiso con el otro.

Hay maestros, se valora la capacidad para pensar.

Pensar que implica introspección, tiempo, desánimo, contracción a la lectura, emoción ante al descubrimiento, la necesidad del interlocutor, el mensaje, el cierre del circuito de la comunicación.

El psicoanálisis no duda en abordar las patologías severas, los trastornos narcisísticos.

Se suma la escuela americana a la inglesa y la francesa; juntas proveen más, distintas y contundentes líneas teóricas.

Narciso está en la escena; es convocado —a su pesar— para resolver su aislamiento y la fascinación por sí mismo.

EL FIN DEL MILENIO

Duele la velocidad, asusta la informática, los cambios sociales y laborales desconciertan.

Narciso levanta su carita y exhibe ya no una mirada de asombro, sino de dominio.

Ya no se mira en el espejo de agua, ahora lo hace en la pantalla de la computadora.

Queda sumergido y arrobado por la imagen y por un tiempo distinto a todos los tiempos: el de la informática.

En su derredor, el planteo de las grandes cuestiones es corrido para buscar el pensamiento fácil.

El maestro de décadas atrás, es silenciado frente al dejar hacer y al dejar pasar.

El vértigo de las modas ideológicas.

No hay un sentido único de la historia, cada cual crea el suyo.

El pasado y el futuro pierden ante el poder del presente: es la supremacía del instante.

El erotismo se exhibe, se manipula, no tiene secreto; se pone al servicio del hedonismo en relaciones que tienden a evitar vínculos profundos, a conseguir satisfacciones fugaces, potenciadas por el artificio de la droga o interesadas por producir algún tipo de rédito.

Se exalta el placer. La pseudopareja o su búsqueda a nivel grupal, sigue siendo lo inmediato y solitario en última instancia.

Sobre todo, se mezcla con la violencia.

La persona, el portador de valores éticos, el sujeto con vocación a pensar, el que se entrega con devoción al encuentro del otro, el naufrago que busca tierra firme para asegurarse, se diluye.

El modelo ahora es el astronauta, el que se observa a sí mismo, el que busca la realización individual.

El psicoanálisis pasa a un lugar de privilegio pero como historia.

Aquél que en un principio relegara a Narciso a mejor suerte para un futuro, ahora es el desvalorizado. Todo el bagaje teórico que se dispone en este momento para tratar tanto las patologías conocidas como las surgidas en esta época, es moderno.

Los potenciales pacientes que se beneficiarían con ello son post modernos.

Fascina la química que puede facilitar la inmediatez. Sin pensar. Importa el artificio que quite el apetito, induzca el sueño, detenga la calvicie, anule la angustia y provoque una erección plena y prolongada. A lo mejor no importa con quién: importa asfixiar el sentimiento de dolor, y su natural correlato, la capacidad de amar.

Narciso está deslumbrante y deslumbrado: es su era.

La manipulación genética, la clonación, su emblema.

Una cápsula formada por cientos de pantallas lo aísla, preserva y le provee el ámbito exacto para el logro del autoabastecimiento.

Planteo un diagnóstico severo, pronóstico dudoso y un desafío atractivo.

El desafío es pensar este nuevo mundo, sin ser ni apocalíptico ni integrado.

¿Cómo buscar la alternativa de ser agente de cambio, alcanzando nuevas formas de organización comunitaria de base?

¿Cómo reflotar la autogestión, los lenguajes y recursos propios, sin clichés ni subordinación a la domesticación ideológica, paradigma de la economía política?

En tanto hay un entorno de depresión y descrédito, el desafío es pensar en por qué no se quiere o no se puede pensar, lo que a su vez potencia la depresión y el descrédito.

Por qué pocos se preguntan porqué me pasa esto.

Miro a Narciso y pienso si es el destino inevitable del sujeto, modelizando la megalomanía de los imperios económicos.

¿Volverá a sucumbir fascinado ahora por esta imagen?

Narciso, ¿mito o realidad inexorable?

¿O mito que se hace realidad inevitable?

El próximo siglo dará la respuesta.

Como me ocurría con las buenas series de películas de antaño, quedo ante un “continuará”.

Y confieso que me apasiona el suspenso.

Descriptores: Crisis. Narcisismo. Psicoanálisis.

Elsa H. Garzoli
Pasaje Rivarola 193, 4º “15”
1015 Buenos Aires
Argentina